

# VÉRTIGO (DE ENTRE LOS MUERTOS)

(*Vertigo*, Alfred Hitchcock 1958)

Sabino Álvarez Álvarez  
Cinebox La Laguna

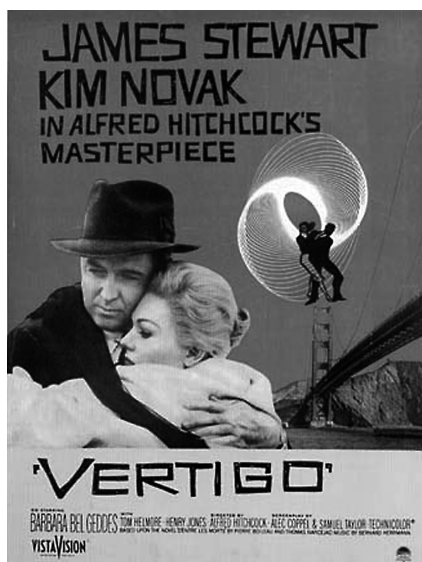
Me decía un buen amigo, que cuando escribe, ya sea una reseña, un artículo, o una crítica, en el fondo, escribe sobre sí mismo. Y en su opinión, toda obra escrita está impregnada por el autor. Algo obvio, hasta cierto punto. Pero a lo que él se refiere es a algo más profundo. Difícil de describir. Porque la misma persona puede escribir diferentes opiniones sobre un mismo tema, en diferentes momentos de su vida. ¿Qué es lo que ha cambiado? Normalmente, el asunto que ha tratado no varía. Y si lo hace, el tiempo lo dirá, se dice. Pero no es así. Es la persona la que cambia, la que olvida, la que quiere olvidar, la que madura, la que nunca madura.

Desde luego, no es lo mismo escribir algo propio —un guión, una novela— sobre algún tema, que dar tu opinión sobre la obra de otro. Son vivencias distintas. Tampoco podremos encontrar la misma pasión en un artículo científico que en una poesía. Pero hay algunos casos donde es más evidente que en otros, que nuestra personalidad, nuestros gustos y nuestra capacidad de análisis, aflore sobre la cuestión sobre la que hablamos. Pero desde luego es en el arte donde la interpretación individual está más sujeta a la personalidad y a la formación, así como al estado de ánimo, de quien está delante de ella.

No suelo escribir; ya hace mucho tiempo. Aunque me dedico a exhibir la obra de otros. Pero creo tener un buen criterio selectivo. Soy operador de cine, de los de Totó y de Tornatore, de los del Blu-ray y la alta definición. Una mezcla entre el romanticismo de los antiguos operadores y el entusiasmo por las posibilidades de las nuevas tecnologías, capaces de rescatar del pasado grandes obras, como nunca se llegaron a ver y oír. No he visto tanto cine como Garci, pero creo saber qué es lo que tengo delante, como para dar una opinión fiable, a un amigo, a un espectador. «Te verás todas las películas gratis», me dicen; lo cierto es que no es así. Lo de verlas todas. Pero tengo el tiempo suficiente para disfrutar pequeños momentos, que me sirven para saber si la película merece un visionado completo. Es cuestión de narrativa principalmente. Si lo que se cuenta, está bien contado, entonces merece la pena prestarle atención.

Lo cierto es que hace mucho tiempo que el cine no me emociona, a pesar que me gusta el cine contemporáneo. Aunque a veces se quede en lo anecdótico. Pero la realidad es que cada vez es más difícil que una obra cinematográfica se convierta en clásico y perdure en el tiempo. Ni siquiera los grandes premios pueden hacer que retengamos en nuestra memoria los principales títulos de los últimos años. Les falta alma, pasión. O quizás no sepa percibirla.





Sí, me sigue apasionando y entusiasmando, como aficionado y como profesional, pero no puedo dejar de pensar que se han dejado de hacer buenas películas. Y no me refiero a que no tengan buenos argumentos. Siempre hay historias que contar, la cuestión es cómo contarlas, por inverosímiles que sean. Lo dicho, cuestión de narrativa. Hasta las más modernas películas no deberían olvidar y en algunos casos menospreciar la narrativa clásica.

Estos pensamientos siempre me vienen cada vez que reviso un clásico, y cuando me toca uno como *Vertigo* (1958), éstos me retumban en lo más profundo de la cabeza. Porque revisar una obra de este tipo siempre es un placer. Porque es pura narrativa cinematográfica. Estamos hablando de un director que su máxima premisa era satisfacer a los espectadores, pero no cuando ellos quisieran, sino cuando él lo creía apropiado; si perder de vista su pasión. Contar una historia de la forma más interesante.

Recuerdo la primera vez que la vi. Esos grandes ciclos de televisión española. Qué grande es internet, puedo saber cuándo se emitió. Todas las películas de Hitchcock. O al menos las más relevantes. El caso es que se publicitaba como estreno en televisión, sus otros clásicos ya se habían emitido, pero mira tú por dónde, ésta no, así que me preparé ceremoniosamente para la ocasión. En aquella época ya era muy aficionado al cine; la asignación semanal se iba prácticamente en el cine y en algún recreativo de al lado de la sala cinematográfica, ¡ah, y la guagua! Entraba en la universidad, y conocía desde el instituto el cineclub, así que entré en él en su época más famosa. De esta manera pude saciar mis ganas de conocimiento y de compartir los míos. De paso empecé a aprender mi profesión de operador de cabina, y al parecer también estudié una carrera. Mi paso por el Aula de Cine me acabó de

formar como persona, y esto se lo debo a todos los que pasaron por allí, así como a los que tuve el placer de conocer por las actividades que hacíamos. Conocer a Roman Gubern, Carlos F. Heredero, así como a algún director y algún actor conocido era algo que entusiasma. O conocer a un artesano como Juan Mariné. Su trabajo era principalmente la restauración de películas, era fotógrafo, y el celuloide no tenía secretos para él; lo llamaban de Estados Unidos para restaurar clásicos. Quién sabe si tuvo algo que ver con la restauración de *Vértigo* de 1996.

Primer recuerdo. El color de *Vértigo*, me cautivó. Ese rojo del restaurante daba hasta mareo, y ese pañuelo verde con el vestido negro competía con el azul de los ojos de James Stewart que desnudaban a Kim Novak desde el primer momento. Tal intensidad de atracción, no podía permitirse Scottie que fuera descubierta, por eso cuando están cerca por primera vez, y ella se para a su altura en el restaurante, él la mira tembloroso, y cuando ella se gira hacia él, no tiene más remedio que dirigir la vista a otro sitio, porque será descubierto. La imagen de ella también se corta de manera que no vemos su mirada cuando coincide con la nuestra. Se nos niega, para que la deseemos. Instinto animal.

Luego, se debe crear el misterio y el suspense necesarios, así que nuestro hombre la sigue por todo San Francisco. Visita un cementerio, un museo y un hotel. Una tumba, un retrato y una casa. Suficientes pistas para averiguar quién es Carlota Valdés, la mujer con intenciones suicidas que ha «poseído» a Madeleine. Su marido está preocupado por su comportamiento y quiere que su amigo Scottie en persona, retirado de la policía por su problema de vértigo, la vigile y le dé cuentas de lo que hace durante el día. Es necesaria una trama pero el tema es otro.

Y por fin la va a conocer. Scottie tiene problemas con las mujeres. Se nos presenta también una amiga con la que al parecer tuvo una relación que no llegó a nada. Pero Madeleine, le ha atrapado, y va a tener la oportunidad que todo caballero sueña. Salvar a la dama.

Estamos en su casa, Scottie ha rescatado a Madeleine de las frías aguas de la bahía de San Francisco. Ella duerme con su bata en su cama. Él la ha desnudado para secar su ropa. La ha visto desnuda. Y cuando ella se despierta, se levanta y abre la puerta, podemos ver toda su silueta y sus pies descalzos en la moqueta. Hay algo distinto en esta película, para mí, distinto a lo que he visto en otras películas de Hitchcock. Existe una carga erótica evidente. La cara de alegría de Scottie al verla, lo dice todo. Este hombre empieza a levantar cabeza. Quizás algo más. Ella misteriosa y animal.

James Stewart, hombre acostumbrado a sufrir en la pantalla, entre un Gary Cooper y un Gary Grant, para mí más versátil que estos dos. Decían que ya era mayor para este papel. A estas alturas, difícil de borrar del recuerdo.

Madeleine visita a Scottie. Dan un paseo y la pasión asesta la estocada definitiva. Se besan en unas caballerizas de un convento y Madeleine echa a correr hacia al campanario de la iglesia. Scottie se da cuenta de la recaída de Madeleine/Carlota Valdés y corre tras ella. Intenta seguirla hasta lo alto, pero su vértigo se lo impide. Inolvidable el efecto del hueco de la escalera. El cuerpo de Madeleine cae sobre el tejado de la iglesia.

Ha pasado el tiempo y Scottie intenta recuperarse en una clínica. Las pedrillas le asaltan. Se insertan imágenes viradas en rojo-verde-rojo, animaciones, y





romas muy innovadores. Lo cierto es que se utilizan bastante a lo largo de la película; ver cuando la sigue por el cementerio, creo que más que por cuestiones técnicas, me parecen que son por estéticas. A Scottie le han dado el alta y ahora deambula por las calles buscando el fantasma de Madeleine. O no. Porque parece que crea que no ha muerto. Y recorre todos los sitios por los que ella pisó. Hasta que un día, se cruza con una chica que se le parece mucho, Judy. Debe saber si es ella, pero parece más vulgar, aunque igualmente tiene algo salvaje, que le recuerda a ella.

Kim Novak, algo de salvaje sí que tenía. Se jactaba de no llevar sujetador; otra imagen que se me graba, me doy cuenta de ello cuando aparece como Judy con el suéter verde. La Novak venía de Marilyn, porque así se llamaba realmente. Marilyn Novak. Pero ya estaba la Monroe. Y Marilyn sólo hay una. Aun así, tuvo sus momentos de brillo propio, aparte de *Vértigo*. También enloqueció a William Holden en *Picnic*. Impagable la escena del bailecito. Vaya meneo.

Scottie no está satisfecho con Judy, porque sigue amando a Madeleine. Así que decide transformarla en ella, a lo que ésta accede. Nosotros ya sabemos que las dos son la misma persona. Ella pudiendo haber huido, no lo hace y le sigue el juego, porque lo ama. Descubierta la sorpresa, ¿cuál es el interés? Pues en qué hará Scottie cuando lo descubra.

Resurrección. La transformación casi se ha consumado. Para los ojos de Scottie, Judy casi se ha vestido/desnudado al completo. No está satisfecho. De la apariencia de Madeleine sólo falta el peinado, y ella accede a su último deseo. Y abandona la habitación para volver, volver de entre los muertos para Scottie. Iluminada, fantasmalmente, por la luz de los neones del hotel, aparece ante los ojos húmedos de un James Stewart que ha dado el resto. La música sube, Bernard Herrmann en una de sus bandas sonoras más exquisitas, con varios temas/motivo inconfundibles, y en este momento uno ellos culmina el encuentro entre los dos amantes, que se besan

mientras el fondo gira en 360 grados, deteniéndose brevemente en el establo donde la besó por primera vez. Me emociono. Si se ha llegado a este momento culmen de la película, casi se puede estar satisfecho. De hecho, si hubieran decidido acabarla ahí, con algún otro toque de guión, igualmente hubiese quedado redonda, una película espléndida. Dejando el interrogante de cuánto podía durar el montaje, si no duraba para siempre. ¿A quien dejaría satisfecho este final?

Pero no. Es Hitchcock. Y se debe de desvelar el misterio. Aunque en los pájaros no lo hiciera y tampoco sepamos qué será de los protagonistas. Pero hay que superar el vértigo de Scottie, y la mejor manera es una «subida» a los infiernos. Como ya se nos enseñó, el crimen perfecto no existe, y un detalle, bastante destacado para quedarse sólo en detalle, destapa a la farsante. Después de semejante crueldad a la que se ha sentido sometido, nuestro hombre decide ser el sádico de la función. Y casi a rastras, lleva a su amante al lugar donde murió, para que confiese. Aunque él sabe muy bien qué es lo que ha ocurrido, cómo lo han engañado, sólo necesita algún detalle de la rocambolesca conspiración, para eso es detective, por ello está aún más dolido. Como lo han utilizado como coartada en un asesinato. Pero su ira es superior a su vértigo. Y consigue llegar a lo alto del campanario; se dirige a ella como Judy unas veces y como Madeleine otras. Ella casi sólo contesta con síes a las hipótesis del acusador. Y cuando parece que éste está dispuesto a perdonarla y nuevamente se van a fundir en un abrazo conciliador, entre las sombras aparece un silueta indefinida, espectral. Y Judy, aterrorizada, quizás temiendo una aparición sobrenatural, retrocede cayendo, esta vez sí, desde lo alto. Quedan suficientes segundos de película como para que Scottie sea capaz de asomarse al vacío para poder ver el cuerpo inerte, que no se nos muestra, de la doblemente fallecida; y se nos despidе con un extraño gesto divino con los brazos caídos y las palmas hacia fuera. Ha vencido el vértigo. Final que se me antojó abrupto, apresurado, y no sé si necesario. Pero ahí está, y aun con pegas, es válido, y sólo ver la rabia desatada del protagonista merece la pena.

A mí me tocó personalmente cuando la vi. Me sentía identificado con él. Y estas cosas ocurren cuando se tiene algo en común. No voy revelar cuáles, pero los trazos con los que es definido el personaje son muy pocos. Y yo no tengo vértigo ni soy detective.

Cuando la volví a ver fue ya en plena época DVD, recuperados los clásicos debidamente. *Vértigo*, además, fue restaurada. Inexplicablemente no contiene subtítulos, aunque sí su banda de sonido original, y tengo que verla de nuevo con la voz inconfundible de Jesús Puente. Ahora ya estoy más curtido. Unas cuantas lecturas de textos conocidos y algún que otro punto de vista ajeno, me permite saborear y comprender esas dobles lecturas. Necrofilia, impotencia. Bueno, lo primero era la visión, yo diría que sarcástica de su director, sobre los deseos del protagonista, porque esto no sucede en la película. Sobre lo segundo, se sugiere; pero como digo, algunos detalles habría que averiguarlos en textos que la analizan debidamente, así como la propia novela en la que está basada, donde esta característica del personaje es explícita.

Ahora, época del Blu-ray. Lamentablemente todavía no está en este formato. Espero que sea pronto, porque haberla visto estos días, en formato panorámico y con las pulgadas necesarias para un disfrute placentero, me ha permitido disfrutar



más del aspecto técnico, del montaje y de la exquisita planificación de sus planos. Para llegar a la misma reivindicación de siempre. No se hacen ya películas como ésta. De hecho, hasta se echan de menos los imitadores, aunque todavía quede algún autor que aprendió de los clásicos, como Scorsese, ejemplo suyo es *Shutter Island*.

Cada vez que la he visto, se ha convertido en una vivencia personal. Me acerco a ella, la miro, y se modifica, se entremezclan muchas sensaciones y sentimientos, la ilusión de objetividad desaparece. La valoración como siempre está en quien mira, porque como les dije al principio, y como decía mi amigo, al final acaba uno hablando de sí mismo. Recuerdos, amigo mío.

